

La noticia de este extraño desastre, que se tenía por imposible en Madrid, después de aumentar el cuerpo de ejército del general Dupont hasta el número de veinte mil hombres, con el refuerzo sucesivo de las divisiones Vedel y Gobert, se esparció rápidamente, por medio de las comunicaciones secretas de los españoles primero, por algunos oficiales que habían logrado escaparse, y dirigirse de destacamento en destacamento hasta la Mancha, y por la llegada, en fin, del mismo Mr. de Villoutreys, que fué el encargado de llevar el tratado de Bailen al emperador Napoleon. Los

la degradacion, y por un decreto imperial se depositaron tres ejemplares manuscritos de ella, uno en el senado, otro en el archivo de guerra, y otro en los del alto tribunal imperial. Cuando después de la Restauracion volvió al favor el general Dupont, (y entonces fué cuando á mi juicio se hizo mas culpable que en Bailen), obtuvo un decreto del rey revocando el imperial, y prescribiendo la destruccion de los tres ejemplares del proceso. Los dos del senado y del archivo de la guerra se encontraron fácilmente y fueron destruidos: pero el otro se hallaba en manos de una de las principales familias creadas en el imperio y no pareció. En este manuscrito es donde se halla la justificacion del general Dupont, aquella al menos que estriba en la razon y en la justicia. Si Dupont hubiera logrado destruirlo, hubiera destruido los elementos de su rehabilitacion para con la posteridad. Si se lee en este proceso el juicio de Berthier, se verá que es casi análogo al que yo emito en esta obra. El mismo Napoleon solia decir después: — Dupont ha sido mas desgraciado que culpable. — Debo declarar, por otra parte, que no habiendo encontrado en mi carrera á ninguno de los actores que figuran en esta narracion, ni á ningun individuo de su familia, puede creérseme que solo hablo por un sentimiento de parcialidad.

pormenores de un descalabro semejante llenaron de consternacion, no solo á los franceses, sino á todos aquellos que se habían adherido á la fortuna de la Francia. Los españoles se mostraban ébrios de orgullo, y no les faltaba razon para ello, sino por la habilidad y bravura que desplegaran en aquellas circunstancias, á pesar de que se condujeron valientemente, por los obstáculos, al menos, de todas especies que nos había creado su patriótica insurreccion; obstáculos, que, á decir verdad fueron la causa principal de las desgracias de Dupont. Faltando de improviso los veinte mil hombres que estaban destinados á conquistar la Andalucía, y los cuales debían replegarse sobre la Mancha para venir á concentrarse á Madrid en el caso que saliesen fallidos sus planes, la situacion nuestra era, en efecto, de las mas criticas. Era, pues, evidente que los sublevados de Valencia, Cartagena y Murcia, dando la mano á los de Granada y Sevilla, enorgullecidos con su imprevisto triunfo, y arrastrando en pos de sí á los de Estremadura y la Mancha, que no habían osado aun mostrarse, tratarian bien pronto de dirigirse sobre Madrid. Y aun cuando el número de los que se hallaban regimentados en tropas de línea fuese exagerado, y solo fuesen numerosas las partidas de guerrilleros que apresaban nuestros convoyes, degollaban nuestros heridos y enfermos, y devastaban la España mucho mas que nuestras mismas tropas, con todo, el general Castaños podia llegar con las tropas de Valencia, Murcia, Cartagena, Granada, Sevilla y Badajoz, ó sea á la cabeza de sesenta ó setenta mil hombres, envalentonados á consecuencia de los sucesos de Bailen, y por nues-

tra parte solamente podíamos oponerles las divisiones Marnier, Morlot, Frère, la brigada Rey, y la guardia imperial. Todos estos cuerpos de ejército, que á no ser por los enfermos y los heridos, hubieran compuesto un total de treinta y un mil hombres próximamente; en el estado de salud en que se hallaban las tropas ascenderian á lo sumo á veinte ó veinte y cinco mil. Sin embargo, con un general vigoroso, con Murat, por ejemplo, en lugar del rey José, hubiérase podido muy bien batar á sesenta mil españoles con veinte mil franceses, y rechazar á los vencedores de Bailen, obligándolos á replegarse hacia la Mancha y Andalucía, si venian á presentarse en Madrid. Verdad es, que tambien teníamos detrás de nosotros una gran capital que era preciso vigilar y contener á toda costa; pero tambien era posible (como despues escribió Napoleon), traer á ella un refuerzo considerable y suficiente para mantener á raya á los enemigos de afuera y á los de adentro. El mariscal Bessieres, despues de su victoria de Rioseco, habia marchado sobre Galicia, y se disponia á penetrar en ella. Fué, pues, preciso darle orden de que regresase á Burgos, y que se limitase á cubrir la carretera de Madrid, en cuyo caso podia devolvérsele la brigada Lefebvre, separada momentáneamente de la division Morlot, antes de tener noticia de la victoria de Rioseco; la division Montou, compuesta de regimientos aguerridos; el 26.º de cazadores que acababa de llegar, el 51.º y el 43.º de linea, que debian hallarse ya muy cerca de Bayona (los cuales formaban parte de los doce regimientos aguerridos á los cuales se habia dado orden de que viniesen á España), cuyas tropas hu-

bieran constituido un refuerzo de diez mil hombres escelentes y capaces de batirse contra todos los ejércitos de la España. El mariscal Bessieres hubiera reunido ademas con las tropas de marcha, y las columnas móviles situadas en Vitoria, Burgos y Aranda, cerca de catorce á quince mil hombres. Por último, el 14.º y el 44.º de linea, los cuales formaban tambien parte de los regimientos aguerridos que habian recibido orden de entrar en España, habian aumentado el ejército del general Verdier, que se hallaba al frente de Zaragoza, hasta el número de diez y siete mil hombres. En caso de necesidad podian, pues, ora se efectuase ó desistiese el nuevo ataque contra esta ciudad, cuyo buen éxito se anunciaba todos los dias como probable y próximo, destacar de alli dos regimientos para traerlos á Madrid. En caso que Zaragoza hubiese caído en nuestro poder, estos dos regimientos hubieran llegado en apoyo de la capital con su fuerza material, y una fuerza moral inmensa. En el caso contrario, todo lo peor que podia suceder era que se retardase la toma de Zaragoza; pero Madrid quedaba en cambio al abrigo de toda tentativa, y fuera el que fuese el enemigo que intentara aproximarse á la corte, se veria obligado á replegarse. En España, en fin, con los treinta mil hombres que podian reunirse en la capital, con los catorce mil que habrian quedado al mariscal Bessieres, los diez y siete mil del general Verdier, los once mil que tenia el general Duhesme en Cataluña, y los siete mil del general Reille, quedaban aun sobre ochenta mil franceses con corta diferencia, y con fuerza semejante, cierto que era bien posible hacer frente á los españoles,

máxime cuando á cada momento se veian aparecer en Bayona nuevos refuerzos preparados por Napoleón. Pero ante todo, repetimos, hubiera sido necesario un príncipe militar, y no un príncipe cuerdo, instruido, de carácter afable y poco guerrero, si bien se acordó en los momentos de peligro de que era hermano de Napoleón (1).

No habia, pues, motivo alguno para desesperar, puesto que haciendo regresar desde Galicia á Castilla la Vieja al mariscal Bessieres, reduciendo su papel á vigilar el camino de Madrid, atrayendo hácia la corte una parte de las fuerzas que tenia á su disposicion, algunas de las que sitiaban á Zaragoza, y las que acababan de pasar por Bayona, podíase muy bien mantenerse firmes en Madrid, y batir á los insurgentes que osaran presentarse delante de sus muros. Pero el infortunado rey de España, era de muy distinto temple que su hermano. La alegría de los españoles que se manifestaban hostiles á su persona, (y hay que convenir en

(1) Estas observaciones no son esclusivamente mias: yo he creído siempre, en efecto, que despues de los sucesos de Bailen quedaban todavía en España fuerzas suficientes para continuar ocupando á Madrid; pero una nota del emperador, fechada en Burdeos el 2 de agosto, vino á confirmarme en ella, y de esta misma nota es de donde he sacado los precedentes cálculos, así como la indicacion de las concentraciones que se hubieran podido operar. He reducido algo las cifras, porque Napoleón, exagerando el número de tropas para estimular á su hermano que se mantuviese firme, contaba mas de ochenta mil hombres despues de la pérdida de los veinte mil de Dupont, aun cuando escasamente llegaban á este número despues de los estragos que habian causado las enfermedades y las batallas.

que eran la mayor parte), la desolacion de los que se habian afiliado á su causa, el apocamiento de espíritu de sus ministros, la poca firmeza de los generales franceses que le rodeaban, y la desconfianza, por último, que le inspiraba una poblacion que le era desconocida, contribuyeron á perturbar profundamente su animo, y á impelerle á tomar la desastrosa resolucion de abandonar su capital á los diez dias de haber penetrado en ella. El rey José debió arrostrarlo todo antes de resolverse á evacuar á Madrid, aun cuando no hubiese sido mas que por el efecto moral que esto hubiera producido. Mientras permaneciese en él, los sucesos de la guerra hubieran sido únicamente considerados como alternativas de triunfos y reveses: á Bailen podia oponérsele Riosoco, aun cuando esta victoria era de mucha menor importancia; la toma de Zaragoza, que tan fundadamente se esperaba, podia ponerse en parangon, cuando se realizase, con la resistencia de Valencia; y Madrid, ocupado siempre por nuestras tropas, quedaba á nuestro favor, como prueba de la superioridad de los franceses en la Península. La insurreccion, en este caso, hubiera podido dudar de sus propios recursos, y los ingleses, formando peor juicio del poder de la misma, no hubieran hecho tantos esfuerzos por secundarla. Pero la evacuacion de Madrid era una confesion explicita de parte de la nueva monarquia, merced á la cual se declaraba incapaz de conservar por medio de la fuerza el reino que la Providencia le habia dado, y desde aquel momento la España entera tenia imprescindiblemente que sublevarse en masa, dando ocasion á que á la vergüenza de Bailen, que recaía sobre tantos genera-

les, sucediese la confusion mas cruel para Napoleon; la confusion de su politica, consecuencia de la evacuacion total, ó casi total de la España.

El general Savary se encontraba aun en Madrid, á pesar de los esfuerzos que el rey José, poco aficionado á su persona, ni á su modo de pensar y obrar, habia hecho para librarse de su presencia. El general Savary representaba el sistema de las ejecuciones militares; el de la aplicacion de mantener perfectamente el ejército francés, costase lo que costase á la España; el de una sumision absoluta á la voluntad de Napoleon, y el de la indiferencia hácia la de José, cuando la de éste no se hallaba conforme con las órdenes procedentes del estado mayor imperial. Deseando el rey José popularizarse en España, y asaz inclinado, por consiguiente, á sacrificar el interés del ejército al de los españoles, sentia hácia el general Savary y hácia el conjunto de cosas que éste representaba cerca de su persona, el ódio mas profundo. Por esta razon habia recurrido una porcion de veces á su hermano, pidiéndole que le mandase al mariscal Jourdan, de quien estaba acostumbrado á servirse en Nápoles, el cual era recto, prudente, pacífico, activo, nada mas que lo que convenia á la molición de su amo, y nada dispuesto á prosternarse ante Napoleon, á quien comprendia poco y apreciaba menos. El rey José, manifestando gran prisa en que viniese el mariscal Jourdan, y se alejase el general Savary, habia dado á entender al último que haria muy bien en partir de la corte, y éste, cuya indocilidad, escepto para con Napoleon, era estremada, le habia contestado que tendria una

verdadera satisfaccion en separarse de él cuando se lo permitiese el emperador, á quien reconocia por su único dueño. Y mientras llegaba este permiso, habiase quedado en Madrid, haciendo diariamente en su correspondencia con el emperador un cuadro asaz poco lisonjero de los hombres y de las cosas. Despues del desastre de Bailen, el rey de España se dió por muy contento de tener á su lado al general Savary, para dividir con él la responsabilidad de las graves resoluciones que habia que tomar, y le consultó repetidas veces con mucha mas deferencia que la que tenia de costumbre. El general Savary, que si bien no era débil, comprendia perfectamente cuan inhábil era aquel desgraciado monarca para sostenerse en Madrid con veinte mil hombres, creyó mas prudente el dejarlo salir y hasta le aconsejó que procurase verificarlo cuanto antes. «¿Y qué dirá el emperador? le preguntó, sin embargo, el rey José.— El emperador se incomodará un poco, repuso el general Savary: pero ya sabeis que su cólera es estrepitosa y que no mata. Si él se hallara en vuestro lugar, seguramente que se quedaria; pero lo que él hace no les es dado á todos el hacerlo. ¡Harto tenemos con el desastre de Bailen, para que vayamos á esponernos al segundo! Cuando os halleis sobre el Ebro, bien concentrado, bien establecido, y en disposicion de poder recobrar la ofensiva, el emperador tendrá que tomar entonces su partido y enviarnos los socorros necesarios.»

El rey José no esperó á que el general Savary le repitiese este consejo, y dió las oportunas órdenes para emprender la retirada de Madrid. Pero como habia en la capital mas de tres mil heridos y

enfermos, y un inmenso material de guerra aglomerado en el Buen Retiro, de cuyo real sitio se habia empezado á hacer una fortaleza, era indispensable algun tiempo, y esfuerzos no pequeños para que la córte quedase evacuada de tantos hombres y materiales, á cuyo fin se emprendieron los preparativos sin la menor dilacion. La mala voluntad de los habitantes añadia desgraciadamente dificultades y no pocas á estas operaciones. Al aspecto de ellas esparcióse rapidamente la noticia de la retirada de los franceses, y los españoles, trasportados de alegría, y resueltos á poner todo cuanto estuviere de su parte para que esta retirada fuese mas desastrosa, reunian sus carros y carruages de todo género, los hacinaban y les prendian fuego en seguida, prefiriendo su destruccion á que fuesen útiles á los franceses. El transporte, por lo tanto, de los heridos, los enfermos y las oficinas, ofreció muchas mas dificultades, y exigió una porcion de dias para su arreglo, durante los cuales no fué posible que partieran las tropas.

Cuantos se habian afiliado por un momento al partido de la Francia, desaparecieron al punto así que llegaron á su noticia los primeros rumores de semejante resolucion. Dos de los ministros del rey José, los señores Piñuela y Cevallos, se escaparon sin decir una palabra. El último sobre todo, se dedicó despues á escribir folletos para infamar á la Francia. El anciano Azanza, y los señores O'Farrill y Urquijo, procediendo como cumplia á hombres graves y concienzudos, que al aceptar la monarquia francesa, esto es, la regeneracion de la España, sabian lo que se hacian, no solo no abandonaron al rey José, sino que le siguieron devora-

dos por el dolor mas amargo. El señor Caballero, á quien sus compatriotas trataron con el desprecio mas insultante, se quedó en la córte de José como en un asilo. Entre los grandes, el principe de Castel-Franco, que habia hecho en un principio frente á la tempestad, conoció en los últimos momentos que su valor desfallecia, y despues de haber prometido partir, no partió. Ninguno de cuantos siguieron al rey José pudo lograr llevar consigo un criado español. Los hombres de esta condicion quedaron todos en Madrid. En palacio y en las caballerizas reales, habia empleados mas de dos mil individuos, y de miedo de que se tratase de obligarlos á seguir á la nueva monarquia, desaparecieron de la noche á la mañana. El rey José, por lo tanto, apenas halló de quien servirse en su retirada.

El dia 2 de agosto salió de la córte para dirigirse á Chamartin, sin que se le dirigiese ningun apóstrofe insultante, porque su persona habia logrado inspirar cierta especie de respeto. La poblacion vió partir á las tropas francesas con una alegría que era muy natural; pero no se atrevió á ofenderlas, porque aun temblaba á su vista, porque á pesar de que solo era una presuncion, por entonces bien fundada, se susurraba que era fácil que volviesen. Desde esta retirada ya no quedaba en la Peninsula ni siquiera una persona que fuese adicta al rey José; ni el pueblo, que jamás lo habia querido, ni la clase elevada, ni la clase media, las cuales, despues de haber vacilado un momento por temor á la Francia, y con la esperanza de las mejoras que podian esperarse de ella, ya no vacilaban, al ver que la Francia misma se declara-

ba vencida en el hecho de retirarse de Madrid. El ejército retrogradó lentamente por la carretera de Buitrago, Somosierra, Aranda, y Burgos, y encontrando en el camino numerosas huellas de la crueldad de los españoles, no pudo contener su exasperación y se vengó horriblemente en algunos puntos. El hambre, que contribuía poderosamente á exaltar su cólera, hizo que nuestras tropas causasen grandes destrozos en su tránsito, é iban señalándolo en tan terribles términos, que llegó á su colmo el encono de los españoles. Espantado José al considerar los sentimientos que necesariamente debían provocar escesos semejantes, luchaba en vano por impedirlos, y solo consiguió herir la susceptibilidad de su mismo ejército, cuyos soldados decían, que valía mas el que se interesase por ellos, que eran quienes le sostenían, que no por los españoles que lo rechazaban. Cuando las cosas marchan mal, suele frecuentemente reunirse á la desgracia la desunión. Los ministros del rey José se hallaban muy poco de acuerdo con los generales franceses, y la nueva corte de España, poco conforme con el ejército, que era su único apoyo. Entre los gefes, por tanto, reinaba la tristeza, la irritación entre los soldados, y el furor de la venganza en todas las poblaciones de la carretera.

El rey José y los que le rodeaban, desanimándose por momentos, no se creyeron en seguridad ni aun en Burgos mismo. Por lo que, y asustados de tener aun á su retaguardia todo el país comprendido entre Burgos y las provincias Vascongadas, juzgaron oportuno dirigirse á la línea del Ebro, escogiendo á Miranda para cuartel general. Despues de dar orden al mariscal Bessieres para

que avanzara sobre su derecha, quisieron que el general Verdier avanzase por su izquierda, dándoseles muy poco de que quedasen inhabilitados cuantos esfuerzos se habían hecho para rendir á Zaragoza, los cuales iban á verse coronados en aquel momento por el éxito mas feliz. De manera que solo se creyeron algun tanto seguros al verse resguardados por el Ebro, y cuando tuvieron á su disposición ademas de los veinte y cinco mil hombres de Madrid, los veinte y tantos mil del mariscal Bessieres, los diez y siete mil del general Verdier, y toda la reserva de Bayona.

En medio de tantas faltas, cometiése, pues, otra mas, abandonando tanto terreno, y tantos trabajos con especialidad como se habían hecho delante de Zaragoza, donde, despues de los últimos ataques, se habían aumentado toda clase de medios para reducir aquella ciudad tenaz; lo cual prueba que las defensas mejor combinadas del arte son menos poderosas é insuficientes contra el valor de los habitantes resueltos á dejarse matar en sus casas. Dos regimientos aguerridos, el 44.^o, que tan desgraciado y tan heróico fué en Eylau, y el 44.^o, que tanto se distinguió en la misma batalla y la de Dantzig, acababan de llegar, aumentando con su fuerza hasta el número de diez y seis ó diez y siete mil hombres el ejército sitiador. La artillería de grueso calibre, tan necesaria para derribar los conventos que flanqueaban el muro, había sido trasportada ya desde Pamplona por el Ebro y el canal de Aragon. El coronel de ingenieros Lacoste, edecan del emperador, había tomado hábilmente sus disposiciones para practicar anchas brechas en la muralla y derribar los sólidos edificios que

le servian de apoyo. Hallándose todo presto el 4 de agosto por la mañana, sesenta piezas de artillería compuestas de morteros, obuses, y piezas de á 16, empezaron á vomitar fuego sobre la ciudad y el convento de Santa Engracia, situado como ya hemos dicho, en el centro del muro, y en un ángulo que este forma hácia la mitad de su estension. A derecha é izquierda de aquel convento habia dos puertas por las cuales intentaba penetrar el ejército sitiador para dirigirse rápidamente hácia el *Coso* por una espaciosa calle, cuya longitud atraviesa la ciudad de Zaragoza, y apoderarse del mencionado punto, cuya posesion equivalia á hacerse dueño de la ciudad entera. Habiendo logrado la artillería francesa acallar á cosa del medio día los disparos de la del enemigo, y abrir anchas brechas en la muralla, formáronse las columnas de asalto, y dos de ellas, una á las órdenes del general Habert por la derecha, y por la izquierda la otra al mando del general Grandjeau, se lanzaron sobre la desportillada muralla, gritando: ¡Viva el emperador! Los españoles, cuya principal resistencia no estribaba en la defensa de un muro que ni tenia bastiones ni estaba terraplenado, sino en las trincheras de sus calles y en sus casas aspilleradas, aguardaban á nuestros soldados mas allá de las dos brechas, y los recibieron con una granizada de balas en el momento que asomaron á los portillos. Mas feliz la columna de la derecha, logró penetrar la primera en la ciudad, y destruyendo los obstáculos que detenian á la de la izquierda hácia la puerta del Carmen, la auxilió para que pudiera hacer otro tanto. Acto continuo lanzóse, á pesar del fuego mortífero que la hacian desde las

casas, en la calle de Santa Engracia, que descien- de perpendicularmente hácia el *Coso*, objeto principal de nuestros ataques. Tres grandes parapetos muy fortificados y provistos de cañones, cortaban el paso por la mencionada calle: impelidos por su ardor vehemente nuestros soldados, tomaron por asalto las trincheras, cogieron doce piezas de artillería, dieron muerte á los españoles encargados del servicio de ellas, y desembocaron en el *Coso*, creyéndose ya dueños de la ciudad. Quedaban, empero, á su retaguardia los insurgentes, campesinos y frailes unos, y soldados de línea otros, los cuales permanecian guarecidos en las casas, y resueltos á consentir en que las prendieran fuego antes que abandonarlas. Era preciso, por tanto, ir á desalojarlos de ellas, antes de establecerse en el *Coso*, y así se hizo, asaltando las casas una por una, perdiendo bastante gente para apoderarse de ellas, y tomando una horrible venganza en los que defendian las que caian en posesion de nuestros soldados.

La columna de la izquierda habia encontrado, tambien en su camino un grave obstáculo: era este el vastísimo edificio del convento del Carmen, cercado de un foso, y en el cual se habian colocado una infinidad de tropas españolas al mando de oficiales espertos, atrincherándose detrás de sus gruesas paredes. Fuele, pues, preciso á nuestra columna atacar este convento para apoderarse de él, y lo consiguió aunque con grave pérdida de gente. Terminada esta maniobra, el general Grandjeau procedió, como lo habia hecho tambien la columna de la derecha, á combatir casa por casa, mientras que nuestra artillería continuaba lanzan-

do balas y bombas, que, pasando por encima de nuestros soldados, causaban los mayores destrozos en la ciudad. Aquel combate horrible, emprendido desde por la mañana con un increíble encarnizamiento duraba todavía, cuando nuestros soldados, llenos de fatiga, empezaron á desparramarse por las casas que acababan de conquistar, y á buscar víveres, y vinos especialmente, de cuyo artículo sabian que todas las ciudades de España estaban abundantemente provistas. Por desgracia nuestra hallaron en aquella especie de merodeo inferior el escollo de su bravura, y bien pronto quedó sepultada una mitad de soldados franceses en la inaccion y la embriaguez. En vano hacian nuestros generales, heridos á la sazón casi todos, los mayores esfuerzos para recabar de sus respectivas tropas, ora que volviesen al combate, ora que atendieran á su propia seguridad. Todas sus exortaciones fueron infructuosas. Si los españoles hubieran sospechado el estado en que se hallaba gran parte de los hombres que les habian dado el asalto, á poca costa hubieran podido hacerles pagar á buen precio el sangriento triunfo de la jornada. No hubo, pues, otro remedio que esperar al siguiente día para volver á empezar y proseguir la conquista difícil de Zaragoza, casa por casa y calle por calle. Además de un considerable número de oficiales heridos, y de los generales en jefe Verdier, y Lefebvre-Desnoettes, con especialidad, al primero de los cuales habia alcanzado una bala en un muslo, al paso que el otro sufría horriblemente á causa de una fuerte contusion en el pecho, teniamos mas de mil doscientos ó mil trescientos hombres fuera de combate, entre ellos trescientos muertos, y de ocho-

cientos á novecientos heridos. Los dos regimientos aguerridos 14.º y 44.º de línea, figurábanse que se hallaban en Eylau al discurrir por las calles de Zaragoza: tal era el fuego vivísimo que se hacia de una y otra parte.

No habiendo podido el general Verdier encargarse del mando y direccion de los ataques á la mañana siguiente por causa de su herida, el general Lefebvre, que le sucedió en él, reunió las tropas dispersas por las casas, mandó atrincherar para seguridad de los franceses las calles conquistadas que desembocan al *Coso*, y á fin de economizar sangre, resolvió emplear la zapa y la mina contra los insurgentes, creyendo que no debía llevar la consideracion de no hacer destrozos en una ciudad española mas allá que los españoles mismos.

Tal era el estado en que se hallaban nuestros asuntos en Zaragoza, cuando llegó la noticia del desastre de Bailen, de la evacuacion de Madrid, y de la retirada general sobre el Ebro. Nuestros generales y nuestras tropas no pudieron menos de experimentar un amargo disgusto al ver que se habia derramado tanta sangre inútilmente, y próxima á escapárseles de entre las manos una presa, sobre cuya posesion habian sostenido tan encarnizado combate.

Debiendo, pues, ir á establecerse en Tudela, sobre el Ebro, el ejército sitiador de Zaragoza, á fin de formar la izquierda de la nueva posicion que el ejército francés iba á ocupar en España, encamináronse hácia aquella ciudad primero los heridos y despues toda la artillería que era trasportable: clavando en seguida el resto, pusieron las tropas en marcha con el corazon lacerado, mostrando la mas

honda tristeza en su semblante, y humilladas hasta el extremo por verse precisadas á retroceder ante soldados á quienes tenian en poco, á pesar de la obstinacion desplegada en las calles de Zaragoza por los paisanos y los frailes. El número de nuestras fuerzas, al regresar sobre Tudela, seria de unos diez y seis mil hombres, antigua ó recientemente aguerridos, pero capaces todos de batir en campo raso un número triple ó cuádruplo de españoles.

Entretanto, habíase visto obligado nuestro ejército de Cataluña á encerrarse dentro de los muros de Barcelona. El general Duhesme, despues de ensayar en un principio el reprimir la insurreccion en el Mediodía de esta provincia, á fin de poder comunicarse con Valencia, y no inspirarle ya ninguna inquietud lo que pudiera ocurrir por este lado, así que tuvo conocimiento de la retirada del mariscal Moncey, intentó dirigir sus operaciones hácia el lado del Norte, á fin de mantener su comunicacion con la Francia y dar la mano á la columna del general Reille. A este propósito, habia salido á la cabeza de la mayor parte de sus tropas dirigiéndose por Mataró y Hostalrich sobre Gerona, con el objeto de apoderarse de esta última plaza, una de las mas importantes de Cataluña, cuya ocupacion descuidaron hasta entonces los franceses, cometiendo una gran falta. Al llegar Duhesme á Mataró vióse precisado á tomar por asalto esta pequeña ciudad, y á entregarla al furor de sus tropas, las cuales se mostraban cada dia mas exasperadas á consecuencia de la bárbara guerra que las hacian los españoles. Desde Mataró dirigióse sobre Gerona esperando sorprenderla y escalarla. Sus grana-

deros provistos de escalas, habian ya trepado á lo alto de las murallas de la ciudad, y se aprestaban para penetrar en ella, cuando, viéndose denodadamente rechazados por el pueblo, la tropa, y los frailes reunidos, tuvieron que desistir de semejante intento. Careciendo de artilleria de grueso calibre el general Duhesme, y desesperando, por ende, de poder tomar la plaza á viva fuerza, regresó á Barcelona, viéndose precisado á combatir sin cesar durante su tránsito, y á saquear los pueblos para tomar alguna venganza de los asesinatos perpetrados en sus tropas. Durante esta escursion, no le habia sido posible tampoco comunicarse con el general Reille, el cual habia avanzado hasta Figueras, sin poder pasar de allí, y logrando únicamente abastecer el castillo, ocupado por una reducida guarnicion francesa, con viveres y municiones en suficiente cantidad. Cuantas veces habia intentado ir mas lejos, vióse acometido de todos lados por osados migueletes, los cuales lograban burlar con su ligereza el valor de nuestros jóvenes reclutas, que aun no sabian correr por aquellas montañas tras de los montañeses acostumbrados á la caza de gamos. El general Reille, por lo tanto, habia sufrido bastantes pérdidas sin utilidad, y noticioso del regreso del general Duhesme á Barcelona, se habia limitado á custodiar la frontera, aguardando para hacer otra tentativa nuevos recursos y nuevas órdenes.

He aqui, pues, cual era nuestra situacion en agosto de 1808 en aquella España que tan precipitadamente habíamos invadido, y cuya conquista habíamos creído cosa tan facil. En el Mediodía lo habíamos perdido todo, despues de dejar prisione-

ro uno de nuestros ejércitos. A consecuencia de este descalabro, habíamos abandonado á Madrid, interrumpido el sitio de Zaragoza que casi tocaba ya á su término, y retrocedido sobre Tudela, y la única de nuestras divisiones que no habia evacuado la provincia cuya ocupacion se le encomendara, á saber, el reino de Cataluña, habíase visto en la precision de encerrarse en Barcelona, bloqueada del lado de tierra por innumerables migueletes, y de la parte del mar por la marina británica, la cual se apresuró á venir de Gibraltar así que llegaron á sus oídos los rumores de la insurreccion española.

Quedaba además en lo interior de la Península, un ejército francés, sobre cuya suerte no podian menos de concebirse sérias inquietudes: este ejército era el del general Junot, establecido pacíficamente en Portugal antes de la conmocion terrible que tan profunda alteracion habia producido en toda España, y del cual no se tenia noticia alguna, ni se podian tampoco hacerlas llegar adonde él se hallaba, porque estando insurreccionadas por la parte del Mediodía, la Andalucía y Estremadura, y por la parte del Norte Leon y Galicia, quedaban interceptadas todas las vias de comunicacion.

Desde que habia estallado la insurreccion del mes de mayo, los españoles anunciando segun lo tenian de costumbre, las victorias antes de alcanzarlas, lograron hacer llegar hasta Portugal, así por Galicia como por Estremadura, las noticias mas siniestras sobre el ejército francés. Las juntas rebeldes habian oficiado á todos los cuerpos españoles, estimulándolos á desertar en masa, y á que se adhiriesen á la insurreccion. Informado aunque de una manera confusa el general Junot de

las ocurrencias de España, y á pesar de no estar al alcance de los pormenores, comprendió la necesidad de tomar las precauciones mas severas contra las tropas españolas que le habian sido enviadas para secundarle, y las cuales, lejos de servirle de refuerzo, eran en semejante estado de cosas, una de las dificultades que mas le estorbaban. A este fin, cercó de improviso con una division francesa á la division Carraffa, que se hallaba á la sazón cerca de Lisboa con la mision de ayudarle á someter el Alentejo, y fundándose en las circunstancias, la intimó que rindiese las armas, cuya intimacion fué cumplida y llevada á cabo con señales evidentes de la rabia mas profunda. Esto no obstante, habiendo conseguido escapar parte de su fuerza de infanteria y caballeria, huyendo á través del Alentejo hácia la Estremadura española, mandóse un regimiento de dragones en persecucion de los fugitivos, y aun cuando logró coger una parte de ellos, los mas lograron llegar á Badajoz.

El general Junot habia reunido sobre el Tajo cierto número de barcas inservibles, y anclándolas en medio del canal bajo el fuego de la artilleria de los fuertes, colocó en ellas á los soldados españoles privados de sus armas, pero suficientemente provistos de todo lo necesario.

Mientras que así se obraba en Lisboa con la division Carraffa, la division Taranco, compuesta de diez y seis batallones, y situada en Oporto, sin que hubiese en esta ciudad fuerza alguna francesa que la pudiese contener, se sublevó, y haciendo prisionero al general francés Quesnel con todo su estado mayor, emprendió el camino de Galicia á fin de incorporarse al general Blake, llamando al pro-